

ANTONIO COLINAS

Canciones  
para una  
música  
silente

Siruela

Canciones para una música silente (Libros delAntonio  
Tiempo) Colinas

# CANCIONES PARA UNA MÚ- SICA SILENTE

*Antonio Colinas*

En cubierta: *Laberinto de la abadía de Saint Bertin  
en Saint Omer, ss. XIV-XVI*

© Antonio Colinas, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2004, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN DIGITAL: 978-84-16120-58-1

Conversión al formato digital: [caurina.com](http://caurina.com)

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

*Las armonías no oídas  
crean las armonías que escuchamos.*

Plotino

*Sólo es posible la paz cuando cada ser  
está en paz consigo mismo.*

J. de Norwich

*Beauty is difficult.*

E. Pound

*El amor es el astrolabio de los misterios.*

Rumi

*El placer de vivir me hizo olvidar el cansancio del viaje  
y casi me hizo llorar.*

M. Basho

## Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

El laberinto invisible

En invierno retorno al Palacio de Verano

I

II

III

IV

V

Catorce retratos de mujer

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

## Semblanzas sonámbulas

Del jardín filosófico

I

II

Mayo de 2010

Nocturno en el Patio Chico

De Fray Luis de León a Ana de Jesús

Metamorfosis

Vicente Aleixandre en Las Navas

Hay una luz que viene de los montes

Te esperaban las montañas

Acróstico para mi hermano

Unas pocas palabras

Estación Central

Recordando unos versos de Goethe

### Siete poemas civiles

Tarde del 31 de diciembre de 1936

No hablemos de la belleza

A las tres muchachas, enfermeras voluntarias de  
la Cruz Roja, asesinadas en un hospitalillo deŠ-  
montaña

Tras el muro del patio de los naranjos

Meditación en Castrillo de las Piedras

La noticia ausente

La Madre de Todas las Fosas

### Un verano en Arabí

I (Retorno)

II (El canto)

III (Una muerte)

IV (Safereig-Sefirot)

- V (Monumento de luz)
  - VI (Un concierto)
  - VII (Llamada de la mar)
  - VIII (Dudas)
  - IX (La casa)
  - X (Unos ojos)
  - XI (Alquimia)
  - XII (Un encuentro)
  - XIII (Aroma de resina)
  - XIV (Gruta)
  - XV (Madruga la palabra)
  - XVI (Otra hoguera)
  - XVII (Corona blanca)
  - XVIII (Tambor nocturno)
  - XIX (Sufíes)
  - XX (Johanna)
  - XXI (Tagomago)
  - XXII (Por el último camino)
  - XXIII (Un libro)
  - XXIV (Can Costa de Arabí d'Alt)
  - XXV (Dos cipreses)
  - XXVI (Signos en la fuente)
  - XXVII (El anillo)
  - XXVIII (Del oro)
  - XXIX (La noche de Las Perseidas)
  - XXX (El cuerpo)
  - XXXI («No la debemos dormir, la noche...»)
- El soñador de espigas lejanas  
El soñador de espigas lejanas  
Canciones para una música silente

## Valle de Sansueña

Un ramo en la tormenta  
Hallazgo de una estatua junto a un muro  
Semillas del tiempo  
Arqueología de la luz  
En la sima  
Estela  
La piedra  
Despoblado  
Tras el descenso de la cima tutelar  
Un río, un monte, aquella mar  
Frescobaldi  
Fuente  
En la fragua  
El eco  
Gorriones  
Vallefondo  
Las estaciones de la vida  
Cumpleaños  
Germinación  
Armuz  
Solsticio de invierno  
Una presencia en la noche  
Triángulo del origen  
El laberinto invisible  
El otro anillo  
Signos en la piedra

Llamas en la morada

I

II



III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

Nota a la edición

Obras de Antonio Colinas publicadas en Siruela

## EL LABERINTO INVISIBLE

## En invierno retorno al Palacio de Verano

I

Nunca supuse que regresaría,  
cinco años después  
—en pleno invierno—  
al Palacio de Verano.

El lago es ahora una masa de hielo  
y el Cinturón de Jade (el bello puente  
y el gran barco de mármol)  
están amordazados por un frío polar.  
(El mármol y el hielo conteniendo en lo blan-  
co.)

Todavía es posible seguir aquí los ritos  
de siempre: aspirar la armonía  
de ser en lo interior  
profundo  
ascendiendo, ascendiendo,  
al Pabellón de los Budas Fragantes.

Antes nos demoramos respirando  
la soledad del frío  
entre el gran lago helado y la montaña,  
y vamos contemplando las pinturas  
de la Galería Abierta («la más larga  
de China y del mundo», se nos dice).  
Pero, al final de ella, ¿qué alcanzamos?  
El horizonte blanco de un vacío muy puro.

Antes de la ascensión  
los símbolos nos llenan de energía:  
el sendero, el lago, la pagoda,  
las colinas lejanas, las rocas y los árboles,  
el gran disco rojo del sol que no ha logrado  
estremecer, fundir el hielo,  
las historias pintadas en los techos  
de batallas y amores:  
la terrible, eterna  
Dualidad.

El paso cruel del tiempo se ha llevado  
los trazos delicados y los vivos colores,  
tantas huellas dejadas por las almas  
de músicos, pintores y poetas,  
eremitas, santones y filósofos;  
los que en este país han compensado  
furor de ideologías y de ejércitos,  
revoluciones de la destrucción.  
(Incendiar, destruir  
lo «antiguo», ha supuesto  
destruir la raíz de la sabiduría  
de un pueblo.  
Hoy se imita lo destruido ayer,  
se rescatan los sueños perseguidos.  
¿Con qué fin?)

¡Perennidad del arte, que apacigua  
y salva todavía a los seres humanos

de ser fieras!

## II

¿Y cómo describiros esta iniciación  
de ascender con fatiga a La Colina  
de la Longevidad?  
Brusca subida y quebrada ruta,  
entre tejados, por escalinatas  
y por jardines mínimos, secretos.  
Ascender y dejar atrás el mundo  
que cruje y que restalla con sus hielos,  
abandonar heridas que aún sangran.  
Y si, arrepentidos, volvemos la mirada  
hacia atrás, cada arcada nos devuelve  
a la infinitud del lago muerto,  
a su abismal escalofrío gris.

Y cuando el pecho ya no puede respirar  
por la dureza de tanta ascensión,  
cuando de tanto aire ya nos falta hasta el aire,  
en esta congelada angustia de la prueba,  
aparecen las salas  
de los dos Grandes Budas.  
El Buda más hindú que nunca había visto  
se llama Buda-Shiva.  
Sus numerosos brazos  
van sembrando en el aire y en mis ojos  
lo Múltiple